



VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA

EL VECINO

I

Doña Fulgencia, la mamá de Amparito, se ha quedado viuda «en edad temprana», según dice ella; pero la verdad es que frisaba en los cuarenta y cinco cuando su dulce esposo pasó a mejor vida.

Doña Fulgencia disfruta una modestísima pensión y además cuenta con el apoyo de un cuñado suyo, que tiene fábrica de pastas alimenticias en la calle del Bonetillo y le manda todos los meses uno ó dos curuchos de tallarines. En cuanto se le rompen, ya los está mandando envolver y dice á uno de los dependientes:

— Esto para mi cuñada. De todas maneras los tenemos que tirar.

De modo que doña Fulgencia y su hija están condenadas á tallarines rotos y perpetuos; pero en cambio no gastan un solo real en sopa. ¡Ay! ¡Ojalá pudieran decir otro tanto respecto de los demás artículos comestibles!

A doña Fulgencia lo que más le apura es el porvenir de Amparito.

¡Si Dios le deparase un buen esposo!

Pero la niña parece un besugo. Tiene la boca esférica, los ojos escaldados y la barba en forma de babucha. Aparte de esto, cecea al hablar y toca el piano lo mismo que un conductor del tranvía.

La mamá cree todo lo contrario, y siempre que la chica se sienta ante el instrumento, exclama la pobre señora dirigiendo los ojos al espacio:

— ¡Qué manos! ¡Qué agilidad la de esta criatura!

Guiada por su amor hacia Amparito, la lleva todas las mañanas al Conservatorio, para que se haga una

profesora y para que sepa ganarse un pedazo de pan, caso de que no encuentre un esposo rico.

Pero lo encontrará. ¡Vaya si lo encontrará! Siempre que Amparito sale á la calle, nota con júbilo que los hombres la miran asombrados.

— No es porque sea mi hija — dice la mamá á las personas de confianza; — pero habrá pocas jóvenes de sus años que tengan los atractivos de mi Amparito. Lo único que la afea es la falta del colmillo superior de la derecha; pero se lo pienso poner en cuanto cobre los atrasos de mi difunto esposo.

La preocupación constante de doña Fulgencia consiste en adornar á la niña, y en cuanto se ponen de moda los boás de piel de conejo ó las capas con capucha ó las chaquetillas toreras, ya está la madre cariñosa haciendo toda clase de sacrificios para vestir á la niña con arreglo al último figurín; y como sus recursos son escasos, tiene que aprovechar la tela de otros vestidos anteriores y sale la chica á la calle hecha un adefesio.

En la actualidad usa una capeta con embozos de seda, color tomate pasado, que más que capeta parece una pantalla, y la mamá está tan satisfecha de su obra, que dice á todo el mundo:

— Vea usted lo que es la disposición de algunas personas. Con un poco de lana dulce y media vara de seda le he hecho á mi Amparito una capa de moda que llama la atención en el Conservatorio y en todas partes.

Por supuesto, Amparito no hace absolutamente nada dentro del hogar. Su madre quiere verla ante el piano día y noche, porque allí está su porvenir; así es que la muchacha no sabe coser, ni freir una chuleta, ni repasar unos calcetines.

— Tú te debes al arte, dice la mamá.

Y la chica se pasa la existencia tocando todo lo que sabe, que es bien poco, pero que ocasiona dolores de cabeza á los vecinos.

Las criadas no pueden resistir en aquel domicilio arriba de ocho días. Al noveno, todo lo más, cogen el baúl, se embozan en el mantón y dicen á doña Fulgencia:

— Señora, yo me voy.

— ¿Por qué?

— Porque la señorita es capaz de volver loca á la estatua de la Cibeles.

— ¡Insolente! ¡Zafia! ¿Qué tienes tú que decir de mi Amparito?

— ¿Qué tengo que decir? Pues que toca el piano lo mismo que si estuviera sacando agua de un pozo. ¡Ande usted y que le den morcilla!

Nada de esto obliga á doña Fulgencia á variar de conducta, y por el contrario, cada vez se persuade más y más de que la niña se está labrando un porvenir con sus propias uñas.

Doña Fulgencia confía todos sus proyectos á una amiga de la niñez llamada doña Ramona. Viuda también, pero sin hijos, suele pasar muchas horas en casa de su antigua compañera, y las dos se ponen de acuerdo acerca del modo de hermosear á Amparito.

— Lo que debes hacer, dice doña Ramona á su amiga, es ponerle el colmillo cuanto antes. Ahora los hay muy baratos: por siete pesetas le pusieron á una vecina mía tres maxilares y dos incisivos.

— Lo que yo deseo, sobre todo, es teñirla de rubia.

— No te lo aconsejo. El tinte es muy perjudicial: el año pasado se tiñó la de González y á los dos días tenía el cutis cubierto con una capa como la de los melocotones.

En estas y otras consultas invertía su tiempo doña Fulgencia, y entretanto Amparito pulsaba con mano firme las teclas del sonoro instrumento.

II

Doña Fulgencia y su hija habitaban el cuarto segundo de una casa sita en la calle del Gato.

En el principal residía Demetrio Clarete, un joven abogado, huérfano, con unas patillas preciosas y una renta de cincuenta mil reales, producto del corcho que poseía en Extremadura.

El comenzó á dirigir miradas insistentes á Amparito siempre que se la encontraba en la escalera y á preguntar al portero:

— ¿Pero quién toca el piano encima de mi cabeza?

— La señorita del segundo, contestaba el susodicho portero.

— ¡Ay!, exclamó Clarete.

Y nada más; pero todo esto lo supo doña Fulgencia con regocijo reconcentrado.

— Se conoce que es persona aficionada á la música y estima en lo que vale el mérito de mi niña, pensó la mamá; y transmitió á Amparito su sospecha.

— Toca, hija mía, toca todo lo fuerte que puedas, para que goce el vecino de abajo, decía cariñosamente doña Fulgencia estrechando contra el seno al fruto de su matrimonio. ¿Quién sabe si ese hombre llegará á ser algún día el marido que te conviene? Es rico, es cariñoso, puesto que ama á los animales. Tiene un gato con el cual duerme y á quien considera como si fuese una persona de su familia. Lo sé por el portero.

Clarete miraba cada vez con más insistencia á su joven vecina. No sólo la seguía ávidamente con los ojos cuando ésta entraba en su habitación, sino que además se asomaba á la ventana del patio levantando la cabeza todo lo posible, como si esperase que se presentara aquella pianista incansable.

— Ya está asomado el joven entusiasta, decía doña Fulgencia á su niña. Toca, toca á fin de embelazarlo.

Y Amparito rompía á tocar las tan acreditadas *Campanas del monasterio* ó la *Stella confidente* ú otra pieza así, de éxito seguro.

Después cerraba el piano; extendía por la faz los finísimos polvos de arroz y se asomaba á la ventana del patio, por recomendación de doña Fulgencia, que le decía en voz baja:

— No te quepa duda: ese chico está impresionado. Debes mirarle con cierta simpatía, pero con dignidad al mismo tiempo.

Entonces Clarete desaparecía de la ventana, no sin dirigir sus ojos al piso superior con cierto interés mal disimulado.

— El pobre es tímido, murmuraba la mamá al verle desaparecer. Se conoce que le da rubor tu presencia.

III

Amparito adelantaba visiblemente en ejecución y en ruido.